

PREMIO TEATRO

COLECCION
RICARDO
MIRO



1986

Rosa María de Britton

ESA ESQUINA DEL PARAISO



Obras de Rosa María de Britton premiadas por el Concurso Literario Ricardo Miró.

Ataúd de Uso 1982
--Novela--

El Señor de las Lluvias y del Viento 1984
--Novela--

Quién Inventó el Mambo? 1985
--Cuento--

Esa Esquina del Paraíso 1986
--Teatro--



*Para Gabriela, Carmen
María, María del Mar y
María Carolina, que ya
doblaron esa esquina.*

Rosa Ma. C. de Britton

CONCURSO LITERARIO RICARDO MIRO

“ ESA ESQUINA DEL PARAISO ”



EDITORIAL MARIANO AROSEMENA

© Rosa Ma. C. de Britton

Primera Edición

Editorial Mariano Arosemena (INAC)

Foto:

Alvaro Reyes

Impresora de La Nación (INAC)

Panamá, 1986.

Reservados todos los derechos hecho el depósito de ley a la Editorial Mariano Arosemena (INAC) Apartado 662, Panamá 1, Panamá. Prohibida su reproducción total o parcial.

**“ ESA ESQUINA
DEL PARAISO ”**

“ESA ESQUINA DEL PARAISO”

To all delight of human sense exposed
In narrow room Natures whole wealth, yea more
A Heaven on Earth. . . Blissful Paradise

"PARADISE LOST" JOHN MILTON

Mi chola no quiere cholo, porque está civilizada
Ella dice que su amor es un gringo de la Zona

"TAMBORERA" ARTURO "CHINO" HASSAN

PERSONAJES

- JENNY:** Secretaria Ejecutiva de la "PANAMA CANAL COMPANY", mujer en la treintena, soltera, bien conservada para su edad, elegante, siempre a la moda, algo cínica y dura.
- EUGENIA:** La misma JENNY veinte años más joven. Es la hija menor de ROSA. Muy atractiva, de pelo rubio, tez blanca, alegre, llena de ilusiones.
- ROSA-VIEJA:** Madre de JENNY en los sesenta, amargada, siempre quejándose.
- ROSA-JOVEN:** La misma mujer, en la cuarentena, costurera de profesión, de pelo negro y piel oscura.
- CLOTILDE:** Segunda hija de ROSA. Algo gorda, de piel oscura y pelo negro. Nada ni nadie logra agitarla.
- MERCEDES:** Hermana de ROSA, maestra jubilada. Es ella la voz de la conciencia, la solterona de la familia. Delgada, se parece bastante a Rosa.
- VOCES:** De la radio y de un vendedor de naranjas.
- JERRY:** Un gringo.
- LUGAR:** En la ciudad de Panamá. Dos habitaciones. Una en calle 13, otra en el Cangrejo.
- EPOCA:** Entre 1957 y 1977

ACTO I

ESCENARIO:

Dos habitaciones, separadas por una pared —que más que pared es el transcurrir de muchos años— comparten el escenario.

A la izquierda (del espectador), la sala-comedor de una casa de vecindad, de madera, de esas de dos pisos con balcones, en la calle trece en el casco viejo de la ciudad de Panamá. Las paredes pintadas de un verde claro; una mesa de comer rodeada de cuatro sillas algo destartaladas, un foco solitario cuelga del techo, en el centro de la habitación. A la derecha, a foro, hay un sofá de madera con respaldar de mimbre y dos butacas que hacen juego con el sofá. Frente al sofá, hay una mesita con una radio de madera encima, de esas que anunciaban el fin del mundo desde los años veinte. La radio siempre está encendida, con algún programa musical o hablado que se deja oír tenuemente. A la izquierda del sofá, a foro, hay una puerta que da a la calle, siempre abierta, pero separada de la calle por una rejilla de madera pintada de azul que deja ver la actividad de afuera y que a veces interfiere con los ocupantes de la habitación. En la pared izquierda dos puertas, una hacia la cocina y la otra con una cortina a la única recámara. La pared de la derecha, está decorada con un

gran cuadro del Corazón de Jesús, un calendario del año y un espejo largo y estrecho. En primer plano, contra esa pared, está la máquina de coser, marca "SINGER", cuyo indiferente mutismo, a veces se convierte en furioso traquetear de pedal; aparece siempre cubierta de distintos materiales que denotan la constante actividad de su dueña. Al lado del espejo hay un maniquí de costurera, con un vestido a medio terminar encima.

A la derecha, la otra habitación, corresponde a la recámara de Jenny en el barrio "El Cangrejo", digno de una mujer soltera que no se priva de ningún lujo. Las paredes están cubiertas por un papel rosado brillante, con dibujos plateados. A foro, hay dos puertas, casi siempre cerradas: una comunica con el resto del apartamento y la otra con el baño. La pared de la izquierda luce gruesos cortinajes de color rosado brillante, contra ella, la ancha cama con sobrecama del mismo color, a sus lados, mesitas de noche, blancas y con sendas lámparas y una butaca blanca al lado. Numerosos cojines de distintas tonalidades desde rosado hasta morado oscuro están regados por la cama y el suelo, en un estudiado desorden. Una alfombra blanca cubre todo el piso y termina de darle a la habitación aspecto de bombonera. Contra la pared de la derecha, a foro, un mueble con un componente musical y un pequeño, pero bien provisto bar. Dos cuadros adornan esa pared, también rosada, en completa armonía con el moderno decorado. Del techo, cuelga una lámpara de cristal con interruptor de intensidad variable. Al centro, primer plano, de espaldas al público, una larga peinadora blanca, con el marco del invisible espejo rodeado de luces como las que se utilizan en los camerinos de las actrices; sobre la peinadora se destacan cajitas y frascos de formas y colores exóticos, un verdadero bazar de productos de belleza. La peinadora es muy baja, de modo que cuando Jenny está sentada frente a ella en una pequeña butaca, se pueda ver hasta las rodillas. Sobre la peinadora también hay un teléfono blanco, protagonista ocasional con su furioso timbrar, cuando así se le antoja.

La acción en estas dos habitaciones tiene lugar en épocas distintas, épocas que se entrecruzan en escena para hacer del espectador un testigo involuntario del tiempo que se desliza sin compasión sobre los protagonistas.

En la sala-comedor de Rosa-Joven, la acción transcurre con una velocidad implacable. En cada escena, los años han pasado sin de-

tenerse a explorar a las protagonistas. En esta habitación, la primera escena ocurre alrededor del año cincuenta y siete y la última, diez años más tarde.

En la recámara de Jenny, la acción se desarrolla en dos días del mes de mayo del año setenta y siete.

Al levantarse el telón, la recámara de Jenny está muy iluminada y la sala-comedor de Rosa-Joven, en penumbra. Los bombillos alrededor del espejo de la peinadora prendidos. Sentada frente a la peinadora, de cara al público, está Jenny, una mujer en la treintena, blanca, de atractivas proporciones, a pesar de tener la cara cubierta de crema — lo que le da un aspecto de payaso—, el pelo rubio enrollado y cubierto por una gorra de encajes. Viste una bata casi transparente, bajo la cual se vislumbra la ropa interior de color oscuro. Con la mirada fija en el espejo, cuidadosamente se restriega la cara con la punta de los dedos, una y otra vez. Música instrumental se deja oír suavemente del componente, música que Jenny tararea. La cama está desarreglada, la sobrecama tirada en un rincón sobre la alfombra. Desde el pasillo se oye —quejumbrosa— la voz de Rosa-Vieja, que le habla a Jenny.

ROSA-VIEJA

Eugenia, ¿vas a salir esta noche?

JENNY *(Con voz de disgusto)*

Sí, mamá.

ROSA-VIEJA *(Asomándose. Es una mujer de unos setenta años, ligeramente encorvada)*

Pero, hija, ¿no te parece que sería mejor que descansaras hoy? Trasnóchar tan seguido te hace daño y esta semana no has parado. Sales del trabajo cansada y en seguida para la calle hasta las dos o tres de la mañana...

JENNY *(Impaciente, siempre de cara al espejo)*

Eso no es asunto tuyo, Rosa. No me voy a quedar encerrada en esta casa por darte gusto a ti y además, aguantando regaños.. ¡Ya no soy una niña! Tengo más de treinta años de edad...

ROSA-VIEJA

Treinta y siete para ser exactos si Dios quiere en dos meses...

JENNY *(Subiendo aún más el tono de voz)*

¡No me lo recuerdes más! Sé la edad que tengo exactamente.

Tú nunca me permites olvidar cada minuto, cada segundo que pasa sobre mi cuerpo.

ROSA-VIEJA *(Suplicante)*

No te alteres, hija. Ya contigo no se puede hablar. Por cualquier tontería te pones de mal humor. Estás muy nerviosa y yo creo que es porque no duermes lo suficiente.

JENNY *(Mordiéndose cada sílaba con rabia)*

Y ¿qué esperas? Estoy nerviosa porque haces siempre las mismas preguntas; Jenny, ¿vas a salir?, Jenny, ¿quieres comer...? Jenny, ¿a qué hora regresas?... Jenny ésto y lo otro... ¡Siempre lo mismo!

ROSA-VIEJA *(Parada detrás de Jenny, la mira en el espejo)*

Yo nunca te he dicho Jenny... Tu nombre es Eugenia. Eso de Jenny siempre me ha sonado a detergente, de esos que anuncian tanto en la televisión.

JENNY *(Quitándose la crema de la cara con un kleenex que tira con rabia sobre la peinadora)*

Tu opinión me tiene sin cuidado. Ya no sé cómo hacerte entender

que estoy cansada de tanta inquisición. Déjame entrar y salir sin preguntar nada y si te molestan mis acciones, con encerrarte en tu cuarto a ver telenovelas tienes. Y lo que es mejor: resuelves el problema con irte a vivir con una de tus otras hijas; estoy segura que te recibirán con los brazos abiertos... Estarán encantadas de aguantar tus majaderías.

Rosa-Vieja sin hacer caso a los insultos de Jenny, comienza a arreglar la cama suspirando fuertemente de vez en cuando, mientras Jenny sigue maquillándose frente al espejo.

ROSA-VIEJA

Ayer me encontré en misa con Fredesvinda Gómez. ¿Te acuerdas de ella? Era vecina nuestra en calle trece. A pesar de su edad, porque ya debe estar entrando en los ochenta y no se le nota, se ve muy bien. Será que no tiene disgustos... (Suspira con un gemido). Todas las hijas están casadas y ya tiene seis nietecitos. La menor se casó con un oficial del ejército americano y vive en Alemania.

¡Qué suerte tiene alguna gente! Si vieras la cara de extrañeza que puso cuando se enteró que todavía estás soltera... "¿Y todavía sigue tan bonita?" me preguntó...

JENNY *(Con algo de sorna)*

Yo creía que a la iglesia se iba a rezar y no a comentar la vida privada de las personas... Y además, ¿de qué te quejas? tú, tienes como doce nietos y otros tantos biznietos. ¿Cuántos son por fin? Ya perdí la cuenta, porque mis sobrinas salieron como sus madres: putas como las gallinas y paridoras como conejas...

ROSA-VIEJA

¡No hables así de tus hermanas, Eugenia! Las pobres no han tenido suerte...

JENNY *(Por primera vez se vuelve a mirar a Rosa-Vieja de frente)*

¿Suerte? Y, ¿qué tiene que ver la suerte con parir media docena de hijos de cinco hombres distintos? ¿Suerte? ¿Es así como le llaman ahora a la promiscuidad? Son unas irresponsables que se embarazan sin tener cómo mantener a los hijos y luego andan por ahí quejándose de su suerte.

ROSA-VIEJA *(Sentándose, melancólica, al borde de la cama)*

A veces, la vida nos depara situaciones difíciles. No todos tenemos las mismas oportunidades. Unos nacen pobres, otros ricos, unos blancos, otros negros... ¡No! las oportunidades no son las mismas. Hasta la inteligencia Dios la otorga a veces y con cuentagotas...

JENNY *(Aplaudiendo su figura en el espejo)*

Por eso es que yo, como nací inteligente y bella, tengo al destino cogido por el rabo, y se lo puedo torcer cuando me venga en ganas. Me alegro que me lo hayas recordado, mamá... ¡Me alegro! Héme aquí, en la plenitud de mis años, lista para lo que venga, soltera y sin compromisos, porque en toda la República no hay hombre que merezca semejante tesoro... ¿Qué digo yo en la República? En todo el continente...

ROSA-VIEJA

Tú has tenido muchas oportunidades de casarte, Eugenia, muchas oportunidades. Ahora mismo puedo recordar a muchos jóvenes decentes que te han pretendido.

JENNY *(Interrumpiéndola)*

¡Pero ninguno estaba a la altura! ¿No lo recuerdas, mamá? Unos eran pobres, otros demasiados feos y lo que era peor, negros... ¿No recuerdas, mamá? Hay que mejorar la raza, decías, hay que mejorar la raza... No tiene sentido casarse con alguien peor que uno y en eso he pasado los años, en la busca de ese alguien perfecto para mí... Se lo debías de haber contado a tu amiga Fredesvinda, la de los cinco nietos y la hija en Alemania. Ella sabría comprender nuestros esfuerzos. Por lo visto, andaba en lo mismo como todas las madres de calle trece...

ROSA-VIEJA

¿Y qué tiene de malo tratar de mejorar nuestro destino? Casada con uno de éstos de calle trece estarías viviendo en la pobreza, contando los reales, llena de hijos, la miseria colgada en el pescuezo... Claro que a veces me gustaría verte sentar cabeza antes de morirme.

JENNY

Por la muerte no te preocupes, Rosa. Estoy segura que nos enterrarás a todos. Presiento que vas a vivir más de cien años, solamente por mortificarme.

Rosa-Vieja se cubre la cara con las manos. Jenny se aplica otra crema sobre el cuello y la frente, con gestos espasmódicos. La luz en la recámara se atenúa, los personajes desaparecen en la penumbra. De la sala de Rosa-Joven salen ruidos de gente trajinando, el tráfico de la calle y un vendedor de frutas que anuncia su mercancía a gritos con algo de musicalidad.

VENDEDOR (Desde la calle)

Naranjas...limones...mangos...naranjas...limones...mangos de calidad... baratos...

Se enciende la luz de la sala-comedor. En primer plano sentada en la máquina de coser pedaleando con energía está Rosa-Joven, una mujer en la cuarentena, de piel oscura; todavía tiene buena figura, aunque su vestido es modesto y austero. Empuja yardas y yardas de tela por la máquina, un material de cretona con grandes flores, obviamente para unas cortinas. Sin dejar de coser le habla a Clotilde, que apoyada en la rejilla de espaldas al público, se entretiene mirando hacia la calle. Clotilde tiene unos veinte años, es algo gorda, de piel oscura y cabello rizado.

ROSA-JOVEN

Anda y compra unas naranjas para hacerle una chicha a Eugenia, que mañana tiene exámenes y va a estudiar hasta tarde. La plata está en la tablilla de la cocina.

Clotilde obedece sin contestar. Sus movimientos son despaciosos. Nada ni nadie logra agitarla. Busca el dinero en la cocina y sale, dejando la rejilla entreabierto. Se la oye gritarle al vendedor.

CLOTILDE (Desde afuera)

Oiga, Señor...naranjas...Señor...

De la calle llega Eugenia, con un montón de libros de escuela bajo el brazo. Tiene diez y siete años, el pelo rubio recogido con una cinta celeste. Viste uniforme blanco de escuela, con cinturón celeste, zapatos y medias blancas. Rosa-Joven al verla entrar deja de coser y se levanta a recibirla.

ROSA-JOVEN

¿Por qué llegas tan tarde, hija?. Son casi las cinco. Ya me tenías preocupada... Nunca llegas tarde los lunes.

EUGENIA (Poniendo los libros sobre la mesa del comedor.

Me quedé en la escuela con unas compañeras haciendo un mural para conmemorar el día de la Madre. Tuvimos que hacer flores de papel de crespón blancas y celestes para adornar el marco y cogió mucho tiempo cortarlas. ¡Quedó tan bonito! Es un proyecto de la Madre Jacinta.

ROSA-JOVEN

Para hacer murales y cortar flores de papel de crespón sí te usan,

¿verdad? Pero cuando había que llevar la bandera durante el Congreso Eucarístico o las fiestas patrias, como somos pobres, te dejaron por fuera y quedó Mirta Serrano de abanderada, aunque tú tienes las mejores notas de la clase.

EUGENIA

¡Ay, mamá! No se mortifique más por eso... Escogieron a Mirta, porque es la más alta de la clase... Además, hay otras con buenas notas que tampoco llevaron la bandera.

ROSA-JOVEN

Se me olvidó mencionar que además, la tal Mirta es hija de Don Carlos Serrano, dueño de medio Panamá y para las monjas esos detalles cuentan mucho. (Con un gesto de cansancio, Eugenia va acomodando los libros sobre la mesa, para comenzar a estudiar. Se afloja el cinturón y se sienta). Quítate el uniforme antes de que lo ensucies más. Los otros dos están todavía húmedos. Con tanta lluvia no hubo forma de secarlos. No sé cuándo va a salir el sol. Toda la ropa está mojada y se va a perculdir.

Regresa Clotilde con un cartucho lleno de naranjas, que tira sobre la mesa, sobre los libros de Eugenia.

CLOTILDE (Burlona)

Aquí están las naranjas para la señorita Eugenia.

ROSA-JOVEN

Ponte a cocinar, Clotilde y déjate de molestar a tu hermana, que mañana tiene exámenes.

EUGENIA *(Sin darse por aludida del gesto casi grosero de Clotilde)*

Mamá, el domingo hay un paseo a Río Mar de un grupo de graduandas y me gustaría mucho ir. ¿Me das permiso? Solamente cuesta cinco dólares por persona y cada uno lleva su comida.

ROSA-JOVEN

¿Cuáles graduandas y quién las va a llevar?

EUGENIA

El paseo lo organizó la mamá de Vielka Suárez. Contrató un bus que sale del Parque Herrera a las seis de la mañana. Algunas muchachas llevan a sus hermanos y se supone que estemos de vuelta antes de que oscurezca. Dicen que ese lugar es muy bonito.

ROSA-JOVEN *(Levantando la cabeza de la costura)*

¿Y a Mirta Serrano la dejan ir a ese paseo? Francamente, la familia de Vielka Suárez no es de mi agrado. El hermano mayor toca en una orquesta o algo así... El que con chusma se junta...

EUGENIA *(Indignada)*

¡Ay, mamá, no sea así! Vielka es una de mis mejores amigas y su mamá siempre se preocupa por hacer reuniones agradables entre compañeras.

ROSA-JOVEN

Dime con quién andas y te diré quién eres...

EUGENIA *(Con cierta resignación)*

Está bien, mamá, no iré a Rfo mar, pero quiero que sepas que no me invitaron al paseo que tiene el grupo de Mirta. Ellas van a una casa de unos de sus parientes en San Carlos. De una forma u otra, siempre me quedo por fuera...

ROSA-JOVEN

Ni falta que te hace. Además, con tu piel blanca, no te conviene asolearte. El sol reseca el cabello y mancha la piel. Ni falta que te hace ir a la playa... Ese lugar es lejos y la carretera hasta allá, en malas condiciones.

Eugenia se inclina sobre sus libros, mientras Rosa-Joven inicia nuevamente la costura. La luz se atenúa mientras la recámara de Jenny, nuevamente se ilumina. Aún sigue Jenny al espejo, restregándose cremas en el rostro y Rosa-Vieja la contempla, sentada en una esquina de la cama.

JENNY *(Leyendo la etiqueta del frasco)*

Primero, usas la crema limpiadora. Frotar hasta que desaparezca, siempre de abajo para arriba. Después, sigue el refrescador de piel, muy muy humectante y por último, la crema No. 58 de Helena Rubinstein... (Se mira en el espejo). A ver, piel, si con tanto tratamiento evitas las arrugas... La 58 de Helena, está garantizada para eliminar las malas noches, los tragos y sobre todo las caricias a destiempo, con su fragancia exclusiva y maravillosas hormonas revitalizadoras de toda una mala vida (rie con amargura)... A ver Helena si este año te ganas el trofeo Ponce de León que se concede en Hollywood al que logra vencer la maldad del tiempo...

Jenny hace muecas, mirándose al espejo, se estira la piel de las mejillas, mueve la cabeza de lado a lado haciendo ejercicios, estira el cuello como una jirafa en celo. Sentada en la cama, Rosa-Vieja la contempla, temerosa de interrumpir el rito.

ROSA-VIEJA

Eugenia, ¿vas a comer antes de salir? Hice tu plato favorito: arroz con porotos, carne guisada y además unos plátanos maduros. La carne me quedó bien blandita, como a ti te gusta.

JENNY

¿Porotos, arroz? Estoy a dieta y tú quieres empujarme una comida de miles de calorías... ¿Estás loca? Si fuera por ti estaría hecha una bola de manteca... UNA BOLA DE GRASA (se abre la bata pinchándose la piel por encima de la cintura y los muslos). ¿Ves esto? Es lo peor que le puede suceder a una mujer moderna; celulitis...

CE-LU-LI-TIS... Bolitas de grasa que se van acumulando y enseñan sus horribles cabecitas bajo la piel. Para estar de moda hay que pasar hambre todo el tiempo; hambre como los niños en Africa... HAMBRE... Ellos por necesidad y nosotras por moda... Hambre... Tengo que rebajar seis libras y no me vuelvas a tentar con tus malditos cocinados.

JENNY comienza a hacer ejercicios, inclinándose de lado y lado, contando en voz alta. La luz se atenúa. La sala de Rosa-Vieja se ilumina. Es la misma escena anterior, minutos más tarde. Eugenia sigue inclinada sobre la mesa del comedor haciendo sus tareas y Rosa-Vieja cose.

EUGENIA *(Interrumpiendo sus tareas)*

Mamá, mi vestido de graduación, ¿cómo va a ser? Me gustaría mucho que tuviera un escote redondo con una rucha grande en el borde y la falda acampanada, como un modelo que vi en la revista "Vainidades".

ROSA-JOVEN *(Dejando de coser)*

Estás demasiado delgada. Descotada se te verían los huesos del cuello. Te quedará mejor un modelo de cuello alto, estilo princesa.

CLOTILDE *(Dirigiéndose a alguien afuera en la calle desde la rejilla)*

Psstt... Tito...Psstt... Oye, Tito...Psstt

ROSA-JOVEN *(Dirigiéndose a Clotilde)*

Déjate de estar llamando a ese sinvergüenza...

Clotilde, sin hacerle caso, sale cerrando la rejilla con fuerza.

ROSA-JOVEN *(Resignada)*

Va a cabar como Elsa...Con una barriga sin nombre.

EUGENIA

Hazme el vestido con un poquito de escote, mamá, aunque sea un poquito... No quiero parecer monja. Va a ser mi primer traje largo.

ROSA-JOVEN

El segundo: el traje de tu primera comunión era largo.

EUGENIA

Pero ése no cuenta, nada más lo usé para ir a la iglesia y rezar y después se quedó colgado hasta que se lo comieron las polillas. Ni al almuerzo pude asistir...

ROSA-JOVEN

Bueno, ya veremos, ve y sírvete un buen plato de arroz con porotos a ver si engordas y no te olvides de tomarte dos cucharadas de Vino Sansón, aunque no te guste. Tienes la hemoglobina baja y el doctor quiere ponerte inyecciones de hígado...

EUGENIA

¡Ay, ese vino me da asco...! Pero lo prefiero a esas inyecciones que me dejan el brazo muerto por varios días...

ROSA-JOVEN *(Mirando hacia la puerta por donde salió Clotilde)*

Otra barriga sin nombre... ¡Hasta cuando, Dios Mío!

En el cuarto de Jenny aún en penumbra, se nota a Jenny que continúa haciendo ejercicios)

JENNY

Cuarenta y cuatro, cuarenta y cinco...

Eugenia recoge los libros y hace mutis por

la puerta que da a la recámara. Rosa se levanta de la máquina con la pieza que cose y sobre la mesa del comedor mide la basta, colocando alfileres. Desde afuera, Mercedes saluda en voz alta para que todos en la casa se enteren de su presencia. Abre la rejilla y entra. Es una mujer cuarentona, con vestido de listado, paño negro sobre los hombros, pelo recogido en un rodete, ni gorda ni flaca, la solterona de la familia.

MERCEDES

Buenas tardes, tengan todos.

ROSA-JOVEN

¿Y a qué viene tanto escándolo?

MERCEDES *(Dejando un paquete sobre la mesa)*

No seas grosera, Rosa. A ti, todo te molesta. Ya ni se puede saludar sin que tú protestes.

ROSA-JOVEN

Si quieres interpretar lo dicho como una grosería, eso es asunto tuyo, pero me parece que no hay que gritar para anunciarse. Esta casa tiene paredes de papel y los vecinos siempre andan al tanto de lo que se hable para después hacer comentarios... Les encanta enterarse de las idas y venidas de todos nosotros.

MERCEDES *(Algo molesta)*

Está bien, está bien. No sabía que a ti te preocupaban tanto unos vecinos que ni te dignas saludar. (Cambia el tono). Traje la tela del vestido de Eugenia. No tienes idea de lo que tuve que caminar para conseguirla. Con tantas graduaciones queda muy poca organza

bordada en la ciudad. Te lo advertí que no lo dejaras para última hora.

ROSA-JOVEN

No la compré, porque no tenía plata. Tuve que pagar la escuela y otros gastos que no esperaba.

MERCEDES

Me lo hubieras dicho. No me gusta andar en correrías a última hora. Eugenia es mi ahijada y aunque el dinero no me sobra, yo habría comprado la tela hace meses, en vez de tener que conformarme con un retazo cualquiera.

ROSA-JOVEN *(Preocupada abriendo el paquete)*

¿Un retazo cualquiera?... (estira la tela y la examina con detenimiento). Pero si es muy fina... Me asustaste, Mercedes. Quiero que mi hija se luzca. Ella es la más bonita de su clase y por éso, muchas le tienen envidia. Hasta las monjas quisieran desaparecerla del mapa, porque es mejor que las hijas de esos señores importantes a quienes cepillan a todas horas para sacarles más plata.

MERCEDES *(Persignándose)*

¡Santísima Trinidad! No hables así que Dios te puede castigar diciéndote esas barbaridades de las monjitas...

ROSA-JOVEN *(Con pasión)*

¿Monjitas? Esa palabra da una impresión de bondad y caridad. Mira, Mercedes, todos sabemos que en el fondo esas mujeres son unas frustradas y desaseadas, que lo único que les interesa es el dinero y vanagloriarse que manejan una escuela que aspira a ser exclusiva. Nunca les ha importado discriminar en contra de las alumnas que tienen menos recursos y sobre todo las de piel más oscura. ¿A que nunca has visto a una morena tocando en la banda en las paradas del 3 de Noviembre? Ni mucho menos llevando la bandera o el estandarte en las procesiones. . . Lo que no le perdonan a mi hija es que a

pesar de ser pobre, y vivir tras una rejilla, tiene la piel blanca, el pelo rubio y es mucho más inteligente que otras que se supone que son de sangre azul. . .

MERCEDES *(Espantada)*

¡Cállate, Rosa! Me asustas cuando te pones así. No es bueno que mi ahijada te oiga decir esas herejías. No es bueno envenenarle la mente a la niña en contra de sus maestras. . .

ROSA-JOVEN *(Aún más colérica)*

Ellas son las que envenenan todo con su maldad. Con lo que me he sacrificado para mandar a Eugenia a esa escuela, cosiendo día y noche. . Total, para que ahora la humillen con cualquier excusa. . . Además, ella no es una niña. Este mes cumple los diecisiete y ya es hora que conozca cómo es la vida para que pueda defenderse. Ella no es tonta y sabe lo malas que son esas mujeres, aunque nunca se ha quejado.

Desde la puerta del cuarto, detrás de la cortina, Eugenia las escucha, sin atreverse a entrar.

MERCEDES

Por Dios, Rosa, no exageres. Mejor hubiera sido matricular a Eugenia en la escuela de las monjitas de la Caridad, en donde estudian tantas niñas de por aquí. Así, no estarías ahora quejándote ni reclamando ofensas imaginarias. Bien te lo advertí cuando insististe en matricularla en ese Colegio de niñas ricas. Los pobres con los pobres: es mejor así. El que no se ajuste a la realidad, tiene que atenerse a las consecuencias.

ROSA-JOVEN

Todos tenemos derecho a aspirar a algo mejor. Para eso Dios nos dio la inteligencia y la ambición. Todos tenemos derecho a subir en la escala social. Si nos conformamos con lo que tenemos al nacer, el hombre estaría aún viviendo en una cueva sin salir jamás a descubrir el mundo; a inventar cosas nuevas. . . Seríamos todos unos salvajes en la selva, desnudos, ignorantes, arañando la tierra para sobrevivir. . .

Mi papá nos sacó del Darién con muchos sacrificios cuando mamá murió. . . .

MERCEDES *(Interrumpiendo con sorna)*

A vender verduras en el mercado. . .

ROSA-JOVEN *(Sin hacerle caso)*

. . . . nos dio la oportunidad de terminar la escuela secundaria de aprender un oficio. . .

MERCEDES

Tú de costurera, yo de maestra. . . ¡Gran cosa!

ROSA-JOVEN

¿Y te parece poco? Por lo menos, aprendimos algo y no quedamos como todas esas otras por allá con un hijo colgado de cada teta, desdentadas a los treinta. . . Ahora nos corresponde mejorar la situación para darles más oportunidades a nuestros hijos.

Mercedes nota la presencia de Eugenia al otro lado de la cortina y va a saludarla con efusión, aliviada de cortar la conversación con Rosa-Joven.

MERCEDES

¿Cómo estás, ahijada? Venga acá para enseñarle la tela tan bonita que compré para su vestido de graduación.

EUGENIA *(Acercándose más a la mesa)*

Buenas tardes, madrina. (La abraza y coge la tela que mira al trasluz). Me gusta mucho el bordado, gracias, madrina. (Dirigiéndose a Rosa-Joven). Quedaría bonito el vestido con un poquito de escote, mamá, una rucha bien amplia arriba y la falda de campana. (Se

enrosca las telas al cuerpo dando vueltas delante el espejo, para ver el efecto).

Clotilde regresa de la calle, al notar la presencia de Mercedes la saluda sin entusiasmo y vuelve a instalarse en su puesto de observación en la rejilla.

MERCEDES *(Dirigiéndose a Clotilde que le ha vuelto la espalda).*

Muchacha, cada día estás más gorda. Tienes que cuidarte la boca. . . Controla esos dientes. . .

CLOTILDE *(Sin volverse)*

Sí, tía.

ROSA-JOVEN *(Regresando a su puesto en la máquina de coser)*

Ni te molestes en regañarla, Mercedes. Esa no le hace caso a nadie. Todo le resbala por encima como si fuera de caucho. Es igualita que el papá, no sirve para nada. . . .

MERCEDES *(Entre dientes)*

No hables así delante de tu hija, Rosa; éso no está bien. . .

ROSA-JOVEN *(Sin hacerle caso)*

Va a acabar igual que Elsa, con una barriga sin nombre. . . Mírala, colgada el día entero de la rejilla, sin preocuparse lo más mínimo por nada, sacándole fiesta a todo hombre que pasa por aquí. Desde que fracasó en la escuela y tuvo que salirse, más nunca se ha ocupado en aprender algo útil. Traté que le cogiera gusto a la costura y acabó cosiéndose los dedos. ¡No sabe pegar ni un botón! quise enseñarle

a cocinar y quemó hasta el arroz. Le pido a Dios que se compadezca de mí y se la lleve pronto antes de que nos avergüence aún más. . .

MERCEDES *(Escandalizada)*

¡Por Dios, Rosa! No puedo creer que le desees la muerte a tu pobre hija, por el hecho de ser golosa y un poquito lenta para los estudios.

ROSA-JOVEN

Yo no he dicho tal cosas. . . Sólo quisiera que otro igual que ella venga y se la lleve mientras antes mejor; esa va por el mismo camino de Elsa, en busca de una barriga sin nombre. Yo no puedo impedir que se embarace, aunque la vigile veinticuatro horas al día. Elsa se salió con uno de por aquí, que después no la volteó a ver más.

Clotilde las mira de soslayo y con un gesto impertinente se encoge de hombros y sigue vigilando la calle. Angustiada por su hermana, Eugenia deja la tela sobre la mesa y hace mutis hacia el cuarto.

MERCEDES *(Ansiosa de cambiar el tema)*

Bueno, Rosa, y ¿a qué hora y en qué lugar es la graduación de Eugenia? Quiero avisarle al resto de la familia para que lleguen a tiempo.

ROSA-JOVEN

No estoy segura; aún no se ha decidido. . . Ya sabes cómo son las monjas: dan vueltas y más vueltas buscando un local adecuado y barato.

MERCEDES *(Irritada)*

¡Déjate de mentiras, Rosa! Conoces el momento exacto en que a tu hija le dan el Diploma del Colegio del Apostolado. Te has pasado muchos años esperando ese acontecimiento. ¿Por qué no eres sincera y una vez por todas dices la verdad? No quieres que nadie de la familia asista a la ceremonia. No aduzcas ignorancia, te conozco demasiado bien. Lo mismo hiciste el día de la primera comunión de Eugenia; después de un montón de evasivas, nadie llegó a la Iglesia. El

pobre tío Leoncio vino especialmente desde Darién y se quedó con las ganas de ver a tu hija haciendo la primera comunión. Te avergüenzas de la familia, Rosa, y Dios te va a castigar por soberbia. .

ROSA-JOVEN

Lo que dices no es verdad. . . Yo quiero mucho a tío Leoncio para engañarlo y avergonzarme de él. (Baja la voz, pensativa). Ni yo llegué a tiempo a la Iglesia, porque me confundí de hora; acuérdate que estaba azorada cosiendo el montón de trajes de primera comunión que me habían encargado.

MERCEDES *(Implacable)*

La dejaste ir sola, vestida de primera comunión, sola por las calles, como si se tratara de un día cualquiera, para que no supieran las monjas ni las otras niñas que la madre de Eugenia es morena. . . Te has pasado los años escondiéndote y es por gusto, Rosa. En esta aldea todos nos conocemos. . . Desde que pariste a esa muchachita blanca te estás escondiendo. . . avergonzada de ti misma, avergonzada de todos nosotros. . .

ROSA-JOVEN

¡Cállate, por Dios! Estoy cansada de tus acusaciones. . . Las cosas que hago son por el bien de Eugenia. Hizo la primera comunión ¿no es así? y no necesitó de ninguno de nosotros. Y ahora se va a graduar de secundaria y le darán su diploma y los premios que se ha ganado, sin nosotros. La he acostumbrado a ser independiente: para éso Dios le dio genio y figura y mucha inteligencia. La buena suerte se labra con talento. Eugenia no va a tener el destino de sus hermanas. Ya verás, Mercedes, ya verás. No será como tú ni como yo y mucho menos como sus hermanas. . . ¡Ella sí volará!

Disgustada, Mercedes coge su cartera se ajusta el paño sobre los hombros y se va sin despedirse de Clotilde, que le abre la rejilla. Rosa se cubre la cara, avergonzada de su exabrupto. Las luces en la sala bajan y en la recámara, se encienden. Jenny sigue haciendo ejercicios contando en voz alta.

JENNY

Noventa y nueve, cien. . . (Respira agitadamente haciendo una pausa). Rosa, ¿me planchaste el vestido azul de flores? Me lo quiero poner ahora.

ROSA-VIEJA

Está colgado en el closet. (Con voz trémula). ¿Llegarás muy tarde esta noche? ¿Quieres que te espere?

JENNY *(Se acerca y se mira detenidamente en el espejo haciendo una mueca)*

¿Llegarás muy tarde, Jenny? La noche es joven y soy taan bellaa. . . (cantando). ¿Quién sabe qué aventuras tendré, a quién encontraré por esas calles de Díooos. . .

ROSA-VIEJA

¡Eugenia, por lo que más quieras, no hables así. A veces dices cada cosa para asustarme.

JENNY *(Quitándose la gorra y los rollos que tira sobre la cómoda)*

¿Y, por qué te escandalizas? Creí que ya estabas acostumbrada, Rosa. Te he visto espiarme noche tras noche, a ver si el amigo de turno tenía la pinta adecuada. Porque, de éso se trata, ¿verdad? tú, a golpe de ojo, puedes determinar si una persona vale la pena o no. Siempre te he admirado ese talento que tienes para catalogar a la gente a distancia y lo mejor es que raramente te equivocas. Donde Jones la nariz, hueles la verdad. . . inmediatamente sabes de raza y procedencia social. ¡No tienes idea cuánto te admiro! Si yo hubiera heredado tus cualidades, no me habría equivocado tantas veces, pero desgraciadamente, salí a mi padre, quienquiera que haya sido él. . .

ROSA-VIEJA *(Casi sollozando)*

¿Por qué me ofendes? ¿por qué me ofendes así? Por ti me he sacri-

ficado toda la vida, por verte feliz, para sacarte de la miseria y la vulgaridad de calle trece. . . Tienes que darle gracias a Dios que no saliste a tu padre, un hombre que no valía nada. Date golpes de pecho que saliste a mi abuela, una señora muy digna que cometió el error de casarse con un negro. . .

JENNY *(Con sarcasmo)*

¡Ah. . . sí. . . ¡La abuela blanca. . ! Casi me olvido de ella, la señorona que juega un papel tan importante en nuestras vidas. ¡Cómo era que se llamaba? Eugenia igual que yo, ¿verdad? Como la emperatriz de Méjico. . . Una gran señora. . . Perdóname por haber olvidado esa historia. Hacía muchos años que no la sacabas a relucir, Rosa. . . Pobrecita abuela, la gran dama blanca, debe haberse enmohecido en el closet esperando su turno para salir a desfilar y recordarme que soy el salto adelante, como decía mi hermana Clotilde. . .

Con gestos furiosos se aplica la base del maquillaje hasta el cuello. Una y otra vez escrutina cada pulgada de su rostro en el espejo.

ROSA-VIEJA

Eugenia. . . No seas así. . . Dios te puede castigar por malagradecida.

JENNY

¿Malagradecida yo? Al contrario, Rosa. Todos los días, cuando me miro en el espejo, aplaudo y me pongo contenta de haber salido tan distinta al resto de la familia. ¿Sabes, mamá? Clotilde heredó ese don tuyo de juzgar a la gente. No tienes idea de lo bien que lo hacía cuando estábamos chicas. . . ¡Lástima que nunca quisiste prestarle atención. Bien que me advirtió de los peligros del salto atrás. "Cuidado con un hijo, pues. . ." decía. "Cuidado que te sale igualito a la abuela. . ." Y esa abuela, eres tú. . . (Señala a Rosa en el espejo que inclina la cabeza sin atreverse a contestar. El teléfono suena y con su timbrar rompe la tensión del momento. Jenny se cuelga el teléfono al cuello y habla con las manos libres). Hello. . . Hola, Molly, ya era hora que llamaras. ¿No te dieron mi recado? ¿A dónde vamos? (Escucha breves momentos) ¡Ay, no, ese Clubhouse no me

gusta! Allí ya no se puede ir. ¡Está lleno de panameños. Con Torrijos empujando para firmar nuevos tratados, la Zona está convirtiéndose en tierra de nadie. No tienes idea de la cantidad de personal de Pan Canal que ha pedido traslado para los States. Tienen miedo que si el gobierno coge la Zona todo se irá al carajo. Mejor vamos a uno de los fuertes: allá por lo menos los americanos todavía mandan. ¿Qué te parece el Club de Oficiales de Clayton? (Escucha). Está bien, pero. . . no me hagas esperar como la última vez. Sí, entiendo que Richard tiene que ir hasta Howard a buscar al amigo, pero de todos modos, hora gringa, por favor. ¿Cómo es que se llama el tipo?. . . Jerry. . . Jerry Allen. . . ¿Divorciado? Ajá. . . Ese nombre me trae recuerdos. Tuve un novio hace mucho tiempo que se llamaba así. . . Por poco me caso con él, pero a última hora lo trasladaron de repente para los States y ya después, por carta, nos enfiamos. . . Sí, después te cuento. . . Bye. (Cuelga el teléfono y se queda pensativa, mirando al espejo) Jerry. . . Teniente Jerry Wilcox. . . Tanto tiempo que no pensaba en él. ¿Dónde estará ahora? En su pueblo perfecto, rodeado de hijos perfectos, con una mujer perfecta. . . ¿Se acordará de mí, que le brindé por primera vez mi cuerpo como una estúpida? ¿Se acordará de la pobre Jenny que dejó tirada en Panamá sin dar ninguna explicación, sin un adiós siquiera? (ríe con amargura). Pues no te preocupes por mí, Jerry Wilcox, me recuperé de la herida, ya ni se ven las cicatrices, ¡Soy una alumna excelente! Con un solo golpe aprendí bastante. Y ahora, a ver qué me trae este otro Jerry de apellido Allen.

Animadamente va al closet, saca el vestido de flores azules que planchara Rosa, se lo coloca por delante frente al espejo, hace una mueca, lo tira en la cama, busca otro y otro que se va probando y a medida que los desecha, Rosa los va recogiendo y los vuelve a colgar. La música sube de volumen y se cierra el telón.

TELON

ACTO II

Al abrirse el telón: Está iluminada la sala de Rosa-Joven en donde todo sigue igual que al principio excepto el radio que ha sido reemplazado por un televisor chico, blanco y negro, constantemente encendido sin sonido. Han pasado tres años. Sentado en el sofá, frente al televisor, hay un monigote que representa a un niño como de seis años, absolutamente inmóvil, eternamente hipnotizado por las imágenes en la pantalla. En el dormitorio de Jenny, es el día siguiente de la escena anterior. El cuarto está en penumbra, pero se nota que hay alguien acostado en la cama. La sobrecama de satín está tirada en la alfombra en un rincón. Eugenia entra abriendo la rejilla, viene del trabajo.

EUGENIA

Mamá. . . Mamá. . . Ya llegué, (dirigiéndose al monigote frente al

televisor, que desde luego no se da por aludido) Buenas tardes, Carlitos.

ROSA-JOVEN *(Desde la cocina)*

Ya voy, hija. . . Ya voy.

Entra apresuradamente secándose las manos con una pequeña toalla. Abraza a Eugenia que se sienta en una de las sillas, estirando las piernas en señal de cansancio.

EUGENIA

Hoy me sacaron el jugo en el banco. Tuve que subir a la oficina de Mr. Davis no menos de diez veces y esas escaleras matan. Me están dando muchas responsabilidades lo que es bueno, porque a lo mejor consigo el ascenso muy pronto.

Aunque dice Miriam que no me fíe mucho de ese viejo verde, capaz de recargarme de trabajo con el cuento del ascenso y al final lo que quiere es cama.

ROSA-JOVEN *(Escandalizada)*

¡Niña, por Dios. . .! Qué lenguaje es ese. . .

EUGENIA *(Riéndose)*

¡Ay, mamá! No puedo creer que seas tan ingnorante de las cosas de la vida. ¿Cómo crees tú que algunas secretarías llegan a ganar un sueldazo en pocos meses? No imagines que es en premio a la mejor mecanografía. . . El ascenso se lo dan a las que manejan mejor el short-hand, cuerpo a cuerpo. . . ¿Entiendes? cuerpo a cuerpo. . . (Se ríe nuevamente al notar la expresión de Rosa). No te preocupes, mamá, yo no seré de éstas, y ¿sabes por qué? No creas que es por todas esas patrañas que nos metían las monjas del infierno si uno sucumbía a los pecados de la carne. ¡No, Señor! Lo he pensado bien y mi amiga Miriam está de acuerdo. Por tener un ascenso rapidito en el Banco, algunas coquetean con los Jefes hasta la cama y acaban quemadas. Las veo, arreando su amargura en los archivos, siempre

con la esperanza que las llamen para una tardcecita de distracción, cuando al Jefe así se le antoje. Parecen perras en espera de mendrugos. . . Yo he tenido toda clase de proposiciones de algunos que se la tiran de vivos y me hago la boba. Les digo que tú no me dejas salir con nadie y que por éso no me pueden acompañar a mi casa en Bella Vista, porque me regañan y sonrío un poquito para no desalentarlos del todo. No conviene echarse enemigos de gratis. No, mamá, no te preocupes; no voy a terminar de querida de nadie. . .

ROSA-JOVEN

Pero, ¿qué dices? No sabes cuánto me preocupo cuando hablas así, con ese cinismo que has aprendido desde que comenzaste a trabajar en el Banco. Ya es hora que tengas novio y te cases, vas a cumplir los veintidós el mes entrante.

EUGENIA

Y ¿dónde están los candidatos a mi blanca mano? En el Banco, los que no son casados, ni locos se dejan enganchar por una muerta de hambre como yo y mucho menos si se dieran cuenta de la familita que tengo. Quizás, debería contentarme con uno de los muchachos del barrio. ¿Qué te parece, mamá? No hay día que al pasar por la esquina no me silben tres o cuatro; ¡y las cosas que me dicen. . .!

ROSA-JOVEN (Sombría)

¡Dios te libre! Son todos unos vagos, sin oficio ni beneficio que acabarán algún día en la cárcel por maleantes.

EUGENIA

Se te olvidó decir lo peor: todos son negros. . . ¡NEGROS. . .! y el negro es negro y lo que suda es tinta, y donde cae mancha. . . y la mancha jamás se quita. . .

Casi canta las últimas palabras. Se levanta, dejando a Rosa con la palabra en la boca y hace mutis por la puerta que da al cuarto. Rosa, sin saber qué hacer, por costumbre se sienta en la máquina de coser y examina la

pieza que está cosiendo, pero acaba por soltarla y esconde la cara apoyándola sobre la máquina con un gesto de desaliento. Sale Clotilde del cuarto obviamente embarazada y se sienta al lado del monigote, frente al televisor. Por la rejilla se asoma la tía Mercedes.

MERCEDES

Buenas tardes, tengan todos.

ROSA-JOVEN

Buenas, Mercedes. Ya me extrañaba que no hubieras aparecido por aquí esta semana.

Ni Clotilde ni el monigote se dan por enterados de la llegada de Mercedes y siguen prendidos de la pantalla. Mercedes entra y se sienta a la mesa.

MERCEDES

Vengo del novenario de Juana Garrido. ¿Te acuerda de ella? La que vendía chicheme en la esquina del mercado.

ROSA-JOVEN

¡Cómo no me voy a acordar de Juana Garrido! Era muy amiga de papá vi la papeleta en la esquina el jueves. ¿De qué murió?

MERCEDES

Pues, ¿de qué va a ser? De lo que nos morimos todos, de alguna enfermedad. Nadie se muere sano. . . Además, ya le tocaba; estaba llegando a los ochenta.

*ROSA-JOVEN (Mirando hacia el techo,
con los ojos casi en blanco)*

Hoy es el día del cinismo barato. . .

MERCEDES

Y, ¿qué quieres que diga? (se abanica con la punta del paño) ¡Qué calor está haciendo! En la iglesia, no aguantaba el sofoco y me fue entrando una debilidad. . . Debo tener la presión baja. Creo que mañana no voy a los rezos. Total, con rezos o sin ellos la difunta Juana ya habrá llegado al lugar del otro mundo que le tocaba. Se pasó los últimos sesenta años de su vida metida en misas y novenas cuando no estaba en su puesto en el mercado. Si el Señor no la acogió en su seno, poco podremos lograr nosotros rezando en una iglesia caliente llena de hormigas. Y Eugenia ¿está aquí? Tengo mis días de no verla.

ROSA-JOVEN

Está en el cuarto, descansando. Será mejor no molestarla. Trabaja demasiado.

MERCEDES

Déjate de consentirla tanto, Rosa. Una muchacha joven, no puede estar cansada a las cinco de la tarde, por mucho ajeteo que haya tenido durante el día. Te aseguro que si tuviera con quién, no le pesarían los pies para salir a pasear con algún muchacho simpático. Lo que pasa es que te empeñas en tenerla metida bajo tus faldas. Ya es hora que sueltes las riendas, Rosa, o después te va a pesar. . .

ROSA-JOVEN *(Molesta)*

No sabes lo que hablas; siempre estás criticando sin sentido. Para tu información, Eugenia trabaja nueve horas seguidas, de lunes a sábado; a veces ni para almorzar tiene tiempo. Antes, venía hasta acá a comer algo, pero ahora se lleva cualquier cosa con tal de no dejar su escritorio. Ella es una de las secretarías más cotizadas del Banco y muy selectiva de sus amistades; cuida mucho su reputación y no anda con cualquiera para no caer en boca de nadie.

MERCEDES

Sí, sí. . . Ya eso me lo has explicado varias veces, pero ya tiene edad

de casarse y nada. Si sigue escogiendo y escogiendo, se va a quedar únicamente con los santos. . .

ROSA-JOVEN

Eugenia no tiene ningún apuro. Además, con el inglés que está aprendiendo, podría hasta casarse con un gringo. Ella se lo merece. . . No hay mejores maridos que los gringos; no hay más que verlos en la Zona del Canal, como atienden a sus familias, bien vestidos, decentes, no hay más que verlos. . .

MERCEDES *(Algo irritada)*

¡No hables tonterías! Esas cosas materiales son las que tienen a mucha gente engañada. Eso es lo único que parece importarles. Y tu, Rosa, el que te oye, diría que has convivido con americanos toda tu vida. Ellos son igualitos a nosotros; pobres, ricos, borrachos, sobrios, llenos de defectos y algunas virtudes. Eso no lo niego (se levanta hasta llegar al lado de Rosa inclinándose como para hablarle en secreto, pero lo dice en voz alta) Y te tengo una sorpresa. . . Obran y mean igual que todo el mundo. . .

ROSA-JOVEN *(Con pasión)*

¡No seas grosera! Yo sé lo que estoy diciendo. No hay más que pasar por la Zona del Canal, para darse cuenta que esa gente es distinta a nosotros. Allá, todo está limpio, las casas son bonitas y amplias, las calles rectas sin basura. No hay mosquitos, nadie habla en voz alta ni hace escándalos. Y esos comisariatos tan llenos de cosas baratas y finas; allá tienen de todo. ¡Viven como reyes!

MERCEDES *(Como hablando con un niño)*

Se te olvidó mencionar que los gringos no se casan con negros. . . o es que ignoras que ni siquiera toman agua de la misma fuente, ni usan los mismos baños. . . Que hasta los famosos comisariatos están segregados. . . ¿O es que no han oído hablar del "gold roll" y el "silver roll"? El mismo trabajo tiene un valor distinto de acuerdo con el color de la piel del que lo realiza. ¡Cada uno en su lugar y Dios en el cielo aguantando! En esa esquina del paraíso llamada Zona del

Canal, los blancos y negros viven separados por una inmensa cerca que se extiende hasta los cementerios, porque ni muertos se juntan. .

ROSA-JOVEN *(Indignada, también se levanta, mirando a Mercedes de cerca)*

Tú siempre tan antipática, Mercedes. Tú, que lo sabes todo, que tienes ojos detrás de la cabeza, que eres capaz de caminar sobre el agua como Jesucristo si es necesario para gritar tu verdad. Nunca tienes una palabra de aliento para nadie, siempre dispuesta a sacar a relucir trapos sucios y cosas feas, a desbaratar mis ilusiones.

MERCEDES

¡Carajo, Rosa! Mírate en el espejo. . . (la agarra por el brazo hasta llevarla frente al espejo). ¡Mírate! Eugenia es hija tuya, ¿verdad? Por muy blanca y rubia que haya salido, es hija tuya. El gringo que te ponga los ojos encima, sabrá en seguida a qué atenerse. Ella todavía no es huérfana, aunque no dudo que seas capaz de matarte para esconderte una vez más. ¿A eso es lo que llamas tú devoción maternal? No seas ridícula y acepta tu realidad antes de que sea demasiado tarde para esa muchacha.

ROSA-JOVEN

¿Realidad? Y ¿a qué llamas tú mi realidad? Mis otras dos hijas son negras y sin suerte, preñadas las dos antes de los diez y ocho años. . . Mira a Clotilde (la señala, sin que ella se dé por aludida) otra vez embarazada de quien sabe qué maleante. Ni ella misma sabe cómo fue. . . Yo la mantengo y he soportado la situación sin protestar, porque sé que no tiene esperanzas de salir de todo esto. La otra, tiene marido, pero ¿de qué le sirve? Un borracho, sinvergüenza y vago que la tiene trabajando en el mercado todo el día mientras que él se pasea con otras. Mira a mi nieto, Carlitos (señala al monigote) que sigue el mismo camino de vagancia. En la escuela, no lo aguantan y me dicen que necesita educación especial y para un pobre ¿éso qué es? ¿Cómo te atreves a decirme que no he aceptado mi realidad? Pero Eugenia. . . (la voz se le suaviza, los ojos se humedecen). Ella es distinta. Dios me la trajo para aliviar el resto de la mierda que me ha tirado encima

toda la vida. Pedro Carlos, que en el infierno esté, se casó conmigo y después de seis meses de luna de miel, nunca más supe lo que era sentirse amada. . . Si no se hubiera muerto en ese accidente, quizás habría acabado por matarlo yo misma.

MERCEDES

¡Jesús, María y José! No hables así, Rosa.

ROSA-JOVEN

Pedro Carlos, borracho, era capaz de cualquier bajeza. (camina agitada de un lado a otro). Dios se apiadó de mí cuando se lo llevó a tiempo. La noche del accidente tuvimos una gran discusión, porque tenía otra mujer en el barrio y salió de aquí envuelto en su furia, escupiendo insultos y llenándome de maldiciones. No volví a verlo vivo: cuando me avisaron que lo habían encontrado atropellado, grité y lloré como correspondía y por dentro, me alegré que hubiera pagado todas sus maldades apachurrado como una cucaracha.

MERCEDES

¡Santísima Trinidad! No hables tan alto que te oyen los vecinos. . . Estás nerviosa y exageras.

ROSA-JOVEN

Y ¿qué carajo me importan los vecinos? Si ellos lo saben todo, si nos oyeron pelear por muchos años. La última querida que tenía, vive aquí, a la vuelta de la esquina y me tuerce los ojos cada vez que paso por su casa. ¿No te acuerdas del velorio, El poco de hijos por fuera fueron apareciendo a pagar sus respetos, sus mujerzuelas que gritaban como poseídas y yo en el medio, tratando de hacerme la desentendida y a la vez aparentar dolor. . . Aún después de muerto, Pedro Carlos se burlaba de mí.

Desde la puerta del cuarto, detrás de la cortina la escucha Eugenia, sin atreverse a interrumpir las perorata que ha aguantado tantas veces. Finalmente se decide a entrar, saludando a Mercedes sin entusiasmo, con un beso de rutina.

MERCEDES *(Aliviada de cambiar el tema)*

¿Cómo estás ahijada? Me alegro de encontrarte aquí. (La mira con detenimiento). Te ves muy bien y me parece que has engordado un poquito.

EUGENIA

¿Engordar? ¡Ay, no madrina! No me diga éso. Si lo que quiero es mantener mi peso. . .

Clotilde, frente al T.V., estalla en carcajadas que interrumpen la escena. Las tres mujeres se voltean a mirarla y las luces bajan, mientras en la recámara de Jenny se encienden; un haz de luz destaca a Rosa-Vieja que se asoma por la puerta del pasillo con una camisa de hombre colgada de un gancho.

ROSA-VIEJA

Señor, señor. . . Son las doce del día, hora de levantarse. (De la cama sale un gruñido incomprensible). Mire, usted, aquí tengo su camisa planchada. Estaba algo arrugada cuando la encontré esta mañana y me he atrevido a arreglársela. Eugenia tuvo que salir temprano y me encargó que lo llamara. Esta es la tercera vez que lo hago y usted no hace caso. (El ocupante de la cama le tira cojines y una almohada en respuesta. Se escuchan más gruñidos de alguien que no desea ser despertado y maldiciones en inglés). Por favor, levántese. Esto no es un Hotel. . . (Rosa-Vieja levanta la voz que le tiembla y se acerca al pie de la cama) ¡Dios mío, dame fuerzas!. . . MISTER. . .

Se acerca a la cama y remueve con algo de temor la punta de las sábanas para despertar a su ocupante. Se oye el sonido de una puerta, que desde afuera cierran con fuerza y el taconeo de Jenny que se acerca por el pasillo.

JENNY

Mamá, mamá, ¿en dónde te escondes?

ROSA-VIEJA *(yendo hacia la puerta)*

Aquí estoy, en tu recámara, despertando a tu Mister que se está haciendo el muerto.

JENNY *(Entra apresuradamente, vestida de calle, el bolso colgado del brazo; la luz abarca toda la escena)*

¡Ay, no me digas que ese tipo no se ha ido todavía! ¿Por qué no lo despertaste antes? Yo lo hacía bien lejos. Cuando salí esta mañana, estaba casi vestido.

ROSA-VIEJA

Pues se volvió a acostar. Aquí está su camisa planchada que encontré hecha un trapo en el suelo.

Le enseña la camisa que lleva colgada de un gancho. Jenny se la arranca de la mano, furiosa.

JENNY *(Con aspereza)*

¡No tenías que haber planchado nada! ¡Hey, Jerry. . . OUT. . . Your time is up, OUT. . .!

Se dirige hasta la cama, removiendo las sábanas hasta dejar expuesta la figura de un hombre en calzoncillos. La luz se atenúa dejando otra vez en haz sobre Rosa-Vieja que en medio de la habitación parece estar rezando.

ROSA-VIEJA

¿En dónde me equivoqué. Señor? Yo la empujé a escoger este

camino. . . Yo sola soy culpable de todo ésto. Castiga mi soberbia, pero ten piedad de mi hija, devuélvele el alma que perdió metida en esta jaula rosada. . .

Mientras Rosa-Vieja reza en la penumbra, el hombre se incorpora de la cama ayudado por Jenny y musita maldiciones en inglés mientras acaba de vestirse.

Salen dando un portazo y se escucha cerrar la puerta de la calle. Se ilumina toda la escena. Aún Rosa-Vieja sigue parada frente al espejo rezando. Jenny comienza a desvestirse.

JENNY

Ya puedes dejar de rezar, mamá. Ya se fue.

ROSA-VIEJA

¿Hasta cuándo, Eugenia? ¿Hasta cuándo vas a seguir regalando tu juventud y tu belleza?

JENNY

¿Regalando? (ríe cruelmente) Rosa. . . ¿En qué mundo vives? ¿Regalando dices? ¿De dónde crees que mi sueldo de secretaria ejecutiva alcanza para un apartamento de lujo en el Cangrejo? ¿De dónde sale todo ésto a lo que estamos acostumbradas y de qué juventud hablas? Con cada cuenta de rosario, aumenta mi edad y tu "via crucis". Eres exacta en recordarme que tengo los cuarenta casi encima. Tú eres un reloj viviente, un reloj de nervios y sangre. . . Tic-tac, tic-tac, día y noche, tic-tac. . . Si te molesta tanto mi compañía, ¿por qué no te vas a vivir con Elsa o Clotilde? Así, no tendrías que aguantarte a mis amigos ni estarás tan pendiente del tiempo. . . Pero, me olvidaba que hace mucho que no te llevas con ninguna de las dos. El marido de Elsa no te puede ver, quizás porque le has hecho notar tantas veces sus muchos defectos y la pobre Clotilde a duras penas vive arrimada con una de las hijas, porque ya ni marido tiene. . . Con lo gorda que está, ni de gratis se lo pide. . .

ROSA-VIEJA *(Tapándose los oídos)*

¡Cállate. . . Cállate! Tienes el diablo metido en el cuerpo. Por mucho que rezo, cada día eres peor. Le ruego a Dios que me lleve pronto para no tener que aguantar tantas humillaciones. . . Yo me he quedado contigo, porque me necesitas. . . ¿Qué harías tú sola? ¿Quién te arreglaría la ropa o esperaría pacientemente cada noche que regreses? ¿Qué empleada aguantaría tu eterno malhumor, tus groserías?

Sale de la recámara, lo más veloz que le permiten sus viejas piernas. Jenny continúa quitándose la falda, hasta quedar en ropa interior. Se pone una bata, prende el componente. Música instrumental llena al ambiente. Se mira detenidamente en el espejo, juega con el pelo, se acaricia las ojeras.

JENNY

Jenny, te estás poniendo vieja, aunque te niegues a aceptarlo. Rosa tiene razón. Aunque te gastes la mitad del sueldo en cremas y potingues. . . el tiempo vuela y todo lo aprisiona a su paso sin remedio. ¡Maldito tiempo que no reconoce dueño! Cada nueva arruga, borra una esperanza. El cuerpo acaba por doblegarse y se ansía el descanso. Te gustaría descansar de esta búsqueda incesante de nuevas emociones. ¡Estás harta de hombres por conocer, Jenny! Hay que ser imbécil para tener ilusiones. . . pero sin ilusiones, la vida no tiene sentido. A veces, parece que te gustaría terminar con todo, como aquella fulana del Banco que se mató por amor. Amor. . . Ya no tienes idea de cómo es ni lo que debes sentir; de tanto fingir te has quedado seca por dentro. . . Si encuentras de frente al príncipe encantado, tendrá que atropellarte con el caballo para que lo reconozcas (suelta una carcajada cruel). ¡Jenny, todavía tienes sentido del humor!

Con entusiasmo se quita el maquillaje. La música sube de volumen, la luz se atenúa. Se ilumina la casa de Rosa-Joven. Sobre la máquina de coser hay una tela vaporosa blanca, obviamente un traje de novia. Sobre

la cama del comedor hay ahora un mantel de colores. Frente a un televisor algo más grande están sentados Clotilde, embarazada, y dos monigotes reclinados a cada lado, los tres pendientes de la pantalla que deja pasar imágenes mudas. Rosa-Joven está sentada en la máquina de coser, tarareando una tonada mientras cose. Entra Eugenia abriendo la rejilla. Viene vestida como corresponde a una secretaria de Banco.

EUGENIA

¡Estoy muerta! Hoy me sacaron el jugo en el Banco.

ROSA-JOVEN (Riendo)

Siempre dices lo mismo cuando llegas del trabajo. Pronto parecerás un chupón de naranja. . .

EUGENIA

Me quejo porque es verdad. Diera lo que no tengo por conseguir un trabajo más descansado. De noche, cierro los ojos y solamente veo números y más números marchando en nítidas filas con Mr. Davis a la cabeza que parece un cura con la custodia en alto, pero en su caso, la custodia tiene forma de signo de dólar. Haciéndole guardia a la procesión estamos todas las Secretarías del Banco, encueros tocando panderetas y cantando salves a los malditos números que se extienden hasta el infinito. . . ¡No aguanto más!

ROSA-VIEJA

¡Dios Santo! Panderetas y mujeres encueros; a eso le llamo yo una pesadilla especial. ¡Cálmate, hija! Ten fe. A lo mejor te llaman pronto de la Zona. Ya hiciste el examen de entrada y estoy segura que lo pasaste sin problemas. Ahora, es cuestión de esperar. Es una excelente oportunidad de librarte de Mr. Davis y su procesión.

EUGENIA

¡Ojalá Dios te oiga! Ayer pasé por la oficina de personal de Ancón y

me dijeron que pronto deciden mi caso. (Notando el vestido de novia que Rosa cose). ¿De quién es el traje de novia? ¿Quién es la víctima ahora?

ROSA-JOVEN

De Maritza, la hija menor de Carmen Vergara. Se casa con un muchacho de apellido Reina que vive por calle seis. La boda es en Santa Ana el viernes que viene.

EUGENIA

¿Fernando Reina?

ROSA-JOVEN

Sí, ese mismo. Tengo entendido que es muy buen muchacho, con un puestazo en la Zona o por lo menos, éso me dijo Carmen. ¡Vaya uno a saber si es verdad! A la gente por aquí le gusta exagerar para hacerse la importante.

EUGENIA *(Pensativa)*

Así que Fernando se casa. . . El estuvo detrás de mí mucho tiempo. ¿No lo recuerdas, mamá? Un muchacho delgado, bastante moreno, que a ti te caía muy mal. Siempre que aparecía a invitarme a salir, tú asegurabas que ése nunca iba a servir para nada, porque el negro es negro y lo que suda es tinta y donde cae mancha y la mancha nunca se quita. . .

ROSA-JOVEN *(Algo molesta)*

¡Qué cosas dices, hija! No recuerdo al tal Fernando, pero si es así como dices, es mejor que no le hayas hecho caso. Seguro que está contratado en el "silver roll. . ."

EUGENIA

Y qué importa ser del "gold o del silver roll"? A todos les pagan con dólares y que yo sepa, todos los dólares son verdes.

ROSA-JOVEN *(Reanudando la costura)*

El dinero no lo es todo en la vida. . . Hay algo que se llama dignidad

personal que no debe estar en venta, por muy verdes que sean los billetes. . .

EUGENIA

¡Ay, mamá! ¡Cómo cambias tu oración cuando te conviene. . .! Yo creía que para ti todo en la Zona era perfecto. El paraíso terrenal al cuadrado. . . (Eugenia se levanta y coge el velo de novia que cuelga sobre el maniquí. Se coloca la corona sobre la frente, mirándose pensativa en el espejo). Ahora pronto le toca a Miriam. Se casa el mes que viene con un oficial de los marines. Imagínate, mamá, en la Iglesia de Ancón. . .

ROSA-JOVEN

¿En la Iglesia protestante?

EUGENIA

¿Por qué no? ¿Te imaginas a un gringo de éstos casándose en la Iglesia de Santa Ana? Con esas paredes llenas de cuadros de santos desconocidos y cachivaches en todos los rincones, beatas curioseando a todo el que entra y sale y afuera, el montonal de chiquillos andrajosos, los vendedores de billetes y un borrachito o dos... ¡No se puede comparar una cosa con otra! En la Zona, las bodas son como en las películas. Nadie que no está invitado con tarjeta se atreve a llegar. Los oficiales en uniformes de gala, hacen guardia de honor a la entrada de la iglesia, para que los novios pasen por un arco que forman con sus espadas. La primera vez que me tocó ver una boda así, me puse a llorar de la emoción. (se coloca el velo sobre la cara). Así me voy a casar yo... Así mismo... Algún día...

Eugenia se quita el velo que vuelve a su sitio sobre el maniquí, Rosa-Joven la contempla emocionada en silencio, silencio que rompe la risa burlona de Clotilde, que virada de medio lado, los mira y se mofa de las pretensiones de Eugenia. Esta, con un sollozo, hace mutis por la puerta del cuarto. Rosa-Joven disgustada reanuda la costura.

TELON

ACTO III

Se abre el telón. En la casa están Rosa-Joven y Mercedes conversando. Han pasado tres años desde la escena anterior. Frente al televisor hay tres monigotes en diversas posiciones, que representan a los hijos de Elsa y Clotilde. Rosa-Joven está arreglando un vestido sobre el maniquí, Mercedes ocupa una de las sillas del comedor. La recámara de Jenny está a oscuras.

MERCEDES

Y, ¿Cómo le está yendo a Eugenia en su nuevo trabajo? Bastante tiempo esperó para conseguirlo.

ROSA-JOVEN

Está encantada... ¡Encantada! Le pagan muy bien y el ambiente es tan refinado. Ya sabes cómo son de lujosas esas oficinas de la Zona y hasta le dieron privilegios para comprar en el Comisariato. ¡La de cosas buenas que se consiguen por allá...!

MERCEDES

No tengo el gusto de haber visitado ninguna oficina en la Zona y mucho menos el Comisariato, pero me lo imagino. (con algo de sarcasmo). Como tú bien dices, por allá todo es mejor, todo es perfecto.

ROSA-JOVEN *(Haciéndose la desentendida del tono de sarcasmo de la hermana)*

Tiene muy buenas amistades, que la invitan a cada rato a todos esos clubes que hay por allá. No hay fin de semana que no tenga algo interesante que hacer. No es como antes que a veces no salía del cuarto ni para ir a misa los domingos... Gracias a Dios está muy contenta.

MERCEDES

Y ahora, espero que tendrá muchas oportunidades de conocer a alguien con quien casarse. Ya Eugenia está llegando a los veinticinco...

ROSA-JOVEN *(molesta)*

Tú siempre contando las horas y los minutos... Eugenia se casará cuando llegue el momento y con alguien adecuado. Por ahora, no tiene apuro. Además, es preferible encontrar a un hombre hecho y derecho...

MERCEDES *(Interrumpiéndola)*

...y preferiblemente gringo...

ROSA-JOVEN

...que sepa exactamente lo que quiere de la vida y esté dispuesto a formar un hogar sobre una base sólida...

MERCEDES

...en esa esquina del paraíso llamada la Zona del Canal, bien lejos de su familia... de su gente.

ROSA-JOVEN *(Con pasión)*

¿Su gente? ¡Qué gente ni san gente! ¿Y por qué no? Ella tiene derecho a casarse con un gringo. Quiero verla felizmente casada, lejos de todos nosotros. Ya se lo he advertido que aquí no traiga a ninguna de sus nuevas amistades. Lo único que conseguiría es avergonzarse... Le he suplicado que le diga a todo el mundo que es huérfana de padre y madre y que el día que consiga novio, que se case sola, sin nosotros, mientras más lejos se vaya después, mejor para ella...

MERCEDES

¡Estás loca! Y, ¿qué va a hacer Eugenia con sus hijos cuando le salgan negritos, (señala a los monigotes), igual que el resto de la familia? Le has dado instrucciones precisas para que los ahogue en cuanto nazcan? Dime, Rosa, ¿en qué momento ese veneno del desprecio racial se apoderó de ti? ¿En qué momento esa inmoralidad de la discriminación que practican en la Zona se derramó hasta calle trece y por Panamá entera? Para estar a tono, hay que plancharse el pelo, huirle al sol, blanquearse la cara a fuerza de polvos y cremas, pintarse de rojo la mitad de la boca para disimular la bamba... ¡Nos han enseñado a odiarnos a nosotros mismos! Eugenia es hija tuya y de su padre, por muy blanca de piel que haya salido por algún capricho de la naturaleza...

ROSA-JOVEN *(Muy alterada)*

¡Sí, Mercedes, ella es hija de su padre, gracias a Dios! Ella es hija de un americano blanco y rubio como ella. ¿Quieres la historia completa? Tú mereces saber la verdad, para que de una vez por todas dejes de mortificarme con tus dudas. (Se levanta, dándole la espalda a la hermana, de cara al público, la voz emocionada). Esto no es fácil de contar: lo he guardado en mi pecho por muchos años hasta casi ahogarme.

MERCEDES *(Nerviosa, la toma por los hombros)*

Rosa, qué estás diciendo, de qué me estás hablando? No estoy segura que quiero escuchar una confesión así.

ROSA-JOVEN

Pues, ahora te aguantas la historia completa aunque no te guste. Eugenia no es hija de Pedro Carlos. A su padre lo conocí durante la guerra cuando trabajaba en la tienda en la Avenida Central; se llamaba Bill y estaba en el ejército americano. Llegó de casualidad a comprar un montón de ropa para sus hermanas en los Estados Unidos que me rogó que enviara, porque se embarcaba unos días después hacia el Pacífico y presentía que iba a una muerte segura. Sin saber cómo, nos enamoramos...

MERCEDES

¿Y cómo te enteraste de tantos detalles de su vida y milagros si tú nunca has logrado hablar ni media palabra en inglés?

ROSA-JOVEN

No sé cómo..., pero nos entendimos. (Titubeante). El hablaba algo de español. No recuerdo bien. Quizás mi soledad y su miedo a la muerte nos unió durante esos pocos días que jamás olvidaré. Eso ocurrió cuando Pedro Carlos viajaba al interior y pasaba más tiempo fuera de la casa que en ella, sembrando hijos por toda la República con sus mujerzuelas... Yo, me sentía sola, casi abandonada. Bill se portó muy caballeroso conmigo...

MERCEDES

¿Antes o después de llevarte a la cama?

ROSA-JOVEN

Sabía que no entenderías, Mercedes, sabía que no entenderías y por eso nunca te he contado nada. Una solterona como tú, qué va a saber

de esas cosas que ocurren entre hombre y mujeres y aunque me condene en el infierno, jamás voy a arrepentirme de haber tenido a Eugenia, ni de haberme dejado amar por un americano...

MERCEDES

¿Y así vas a comulgar todos los domingos? Eso es lo único que no entiendo de toda esa historia.

ROSA-JOVEN

Solamente se puede confesar el pecado una vez y con hacer la penitencia que el cura manda, basta. Eso de bueno tiene nuestra religión. Después de la penitencia, borrón y cuenta nueva. No puedo deshacer lo hecho: Eugenia existe y no voy a negar a mi propia hija.

MERCEDES

¿Y tu marido, qué dijo? No me imagino a Pedro Carlos perdonando un adulterio...

ROSA-JOVEN

Pedro Carlos era tan vanidoso que no podía concebir que alguna de sus mujeres pudiera dejar de quererlo y mucho menos irse con otro. El se tragó el cuento de la abuela blanca y bien que le encantaba andar luciendo a la niña rubia que llevaba su nombre... Creo que la quería más que a sus propias hijas...

MERCEDES (Pensativa)

Así que decidiste mejorar la raza por cuenta propia... Algo sospechaba; no todos en el mundo somos tan crédulos. Esa niña creó muchas habladurías. Aunque no lo creas, por aquí la gente no es tan pendeja...

ROSA-JOVEN

¿Qué inventas? Nadie pudo haber visto nada; todo ocurrió muy lejos de aquí...

MERCEDES

¡Ay, Rosa...! Tú crees que la luna es queso... Te molesta que alguien pueda pensar mal de ti, cuando hiciste mal... ¿Así que a pesar de todo, te importa lo que piensa de ti la gente de calle trece...? (De afuera entra Clotilde con una bolsa de mercado, obviamente embarazada y saluda sin ganas, llevando lo que trae hasta la cocina. Su entrada interrumpe definitivamente la tormentosa conversación entre las dos hermanas. Mercedes la observa con detenimiento). Y, ¿cuándo te toca parir, Clotilde?

CLOTILDE *(Regresando a la sala y a su puesto de observación en la rejilla)*

Para el mes entrante, tía. No estoy segura de mis fechas.

ROSA-JOVEN *(Sentándose nuevamente a la máquina)*

Como que sale de uno para entrar en otro...

CLOTILDE *(Con algo de pasión)*

Ya me voy a mudar pronto de aquí. Mi marido me va a poner un cuarto...

ROSA-JOVEN *(Dirigiéndose a Mercedes)*

Eso le prometen todos. Si no fuera por mí dando pedal en esta máquina, ya nos habiéramos muerto de hambre.

MERCEDES

Bueno, ahora que Eugenia gana semejante sueldazo en la Zona, las cosas mejorarán bastante.

ROSA-JOVEN

Eugenia está ahorrando para conseguir un apartamento para ella sola. No le permito que se gaste un centavo de su dinero en nosotros.

Ella no tiene por qué pagar por las barrigas de sus hermanas. Yo me basto para llevar mi cruz y no me quejo. Mientras Dios me dé fuerzas, podré ayudarlas. Elsa viene a cada rato a pedirme algo. Por eso es que ha dejado a los hijos conmigo para que se los crie y el marido, lo poco que gana, se lo gasta en licor y mujeres. Negro tenía que ser... Y Clotilde, ya la ves, nació sin suerte. Va por el segundo marido y éste es peor que el anterior. Ojalá que esta vez la operen para no tener más hijos. Con el tercer parto, yo fui al hospital para rogar que la esterilizaran y no quisieron escucharme, porque dizque no tiene la edad... Esos médicos no saben que los pobres nacen viejos y con problemas que se agravan con el tiempo. Si Clotilde se apura, va a tener diez hijos antes de cumplir los treinta y cinco...

CLOTILDE

Yo no me quiero operar... Lucho no quiere que me opere...

ROSA-JOVEN

¡Entonces, que te mantenga!

Sin querer oír más, Mercedes se despide, Clotilde arrastrando los pies hace mutis por la puerta de la cocina, Rosa-Joven suspira mirándose en el espejo con desaliento. La luz se atenúa. En la recámara de Jenny, se ilumina solamente el marco del espejo y frente a él está Jenny en bata, el pelo enrollado, la cara cubierta de crema. Suena el teléfono que ella contesta en seguida. Es el mismo día que la escena anterior.

JENNY

Hello... Hola, Molly... Sí, el tal Jerry no estuvo del todo mal, pero se emborrachó y de aquí no pude sacarlo sino hasta el mediodía. En mi cama lo encontré cuando regresé de la oficina y te podrás imaginar lo alterada que estaba Rosa... Ya sabes cómo son estas empleadas viejas que a la larga creen ser dueñas de uno... (Escucha unos momentos sin darse por enterada de la presencia de Rosa que ha

entrado a la recámara y la contempla a través del espejo). Sí, claro, esta noche vamos a salir otra vez, pero le advertí que nada de cama si no controla el trago... Ya sé que es divorciado y sin compromiso y que bien vale París esa misa, pero me molesta andar con borracho! En la cama, son un desastre... Esta tarde me mandó unas flores en son de disculpa. Por lo menos, algo de caballeroso tiene... pero, francamente yo con flores no hago nada... (Escucha). Sí, sí, esta noche te cuento... ¿Nos encontramos en Howard a las ocho, en el bar? Ok, hasta luego. (Cuelga el teléfono y sigue arreglándose). ¿Qué miras con tanta atención? Me pones nerviosa y estoy algo apurada.

ROSA-VIEJA *(Lúgubre)*

Quería despedirme de ti antes de que salieras. Cuando regreses esta madrugada, no me vas a encontrar. Me voy a mudar con Mercedes.

JENNY

¡Ay, carajo! No me digas que vas a comenzar otra vez con esa ma-traquilla... Déjalo para otro día que no estoy de humor para tus martirologios.

ROSA-VIEJA *(Lúgubremente como re-citando)*

Me voy y no regresaré más. Ni siquiera tienes que darme nada o visitarme. Quiero terminar mis días en paz y tranquilidad. Tengo mucha penitencia que hacer antes de morirme y ojalá que sea bien pronto...

JENNY

¿Vas a irte a vivir con tía Mercedes en paz y tranquilidad? ¡No me hagas reír, mamá! En guerra permanente dirás...

Ustedes dos se llevan como perro y gato y no hay tema del que puedan conversar sin acabar gritando como dos harpías. Siempre ha sido así y más ahora, después de viejas. A mi madrina, con los años, se le ha ido afilando la lengua aún más... ¿Qué bicho te ha picado ahora?

ROSA-VIEJA

Ya no soporto tus amistades... Ya no aguanto encontrar a un hombre distinto en tu recámara cada mañana. Quisiera estar muerta antes que sufrir tanta vergüenza. No quiero seguir pasando por tu sirvienta...

JENNY

Rosa, recuerda que esa fue idea tuya para mantener el cuento de la pureza de mis orígenes intacto... Tú me enseñaste a negarte desde que me despegué de la teta.

ROSA-VIEJA

He sacrificado toda mi vida por ti, porque quería que tuvieras más suerte que tus hermanas, más suerte que el resto de la familia; porque pensé que con tu físico y una buena educación tendrías todas las puertas abiertas... Te conseguí la educación en ese Colegio cosiendo día y noche, y ¿para qué? Si has terminado siendo una puta cualquiera... (levanta la voz sollozando) UNA PUTA CUALQUIERA...

JENNY *(Algo furiosa)*

¿A mí me llamas puta, Rosa? Mira quién habla... ¡Mira quién habla...! Dime, Rosa, y el gringo ese con quien copulaste para hacerme como soy, ¿en dónde lo pescaste?

ROSA-VIEJA *(Espantada)*

¡Eugenia...!

JENNY *(Con mucho sarcasmo)*

¿Sabes, mamá? Cuando peleabas a gritos con tía Mercedes, nunca se te ocurrió pensar que la casa de calle trece tenía paredes de papel... De todos tus cuentos estoy enterada. A ver, dímelo a mí, cara acara cómo ocurrió ese romance sin palabras entre la dependiente que no hablaba ni papa de inglés y el cliente gringo en pos de la muerte... Cuéntame esa historia de película barata, del romance prohibido entre el gringo y la negra. Yo tengo una explicación más lógica del asunto. No dudo que lo hayas conquistado por una calle oscura y sin

haberlo visto antes como una ramera cualquiera te levantaste la falda... Con ese afán que tenías de mejorar la raza, cualquier pecado estaba permitido... Hasta una levantada de falda.

ROSA-VIEJA

¡Dios mío! ¿Por qué me castigas así?

JENNY

Por lo menos, mi primera caída fue por amor y con intenciones matrimoniales, con tu pleno conocimiento y aprobación. No en una calle oscura como una perra en celo... No fue culpa mía que fracasara el asunto. ¿Sabes, Rosa, nunca ante he contado que el gringo se espantó, porque alguien de la familia fue a decirle de qué color eran mis antepasados?

ROSA-VIEJA

No mientas así, eso no puede ser verdad.

JENNY

¿Lo dudas? Una de mis queridas hermanas se tomó el trabajo de delatarnos.

Rosa-Vieja solloza y se cubre los oídos para no escuchar más. El teléfono suena e interrumpe a Jenny que implacable está dispuesta a continuar insultando a Rosa-Vieja que se ha desplomado en el borde de la cama. Jenny contesta el teléfono, sosteniendo en voz baja una animada y breve conversación en inglés; al terminar, tira el audífono con rabia y sin hacerle caso a Rosa-Vieja sigue arreglándose. Se oscurece la escena. La casa de Rosa-Joven se ilumina, pero se nota que es de noche. Por primera vez, el televisor está apagado, la puerta de la calle cerrada. Sentada en la mesa del comedor está Rosa-Joven, rosario en mano,

rezando en voz baja. De ves en cuando mira hacia la puerta de la calle ansiosamente y bosteza. Se siente el ruido de alguien tratando de abrir la cerradura. Rosa-Joven corre hacia la puerta que termina de abrir y entra Eugenia, vestida de fiesta, con un hermoso vestido strapless con una estola sobre los hombros del mismo material.

ROSA-JOVEN

¡Gracias a Dios que llegas! Estaba muy preocupada: son casi las tres de la mañana...

EUGENIA

Te dije que posiblemente llegaría tarde y no tenías que esperarme. Jerry me había advertido que la celebración del 4 de julio iba a ser en grande. La fiesta comenzó animarse después de las diez. No tienes idea lo bello que es ese Club, mamá. Está a orillas del mar entrando por el fuerte Amador y tenían arregladas mesas afuera y dentro del salón principal y todos los oficiales estaban en uniforme de gala. La orquesta es de las mejores que he escuchado y llevaron dos cantantes. No me perdí ni una sola pieza... (Da vueltas por la sala, dando pasos de baile, mientras Rosa-Joven la contempla embelesada). Después de las doce, apagaron algunas luces y todo quedó de lo más romántico. Había mucha comida, pero con lo entretenida que estaba bailando, casi no probé bocado. Imagínate que nos sentamos con Miriam y el marido en una mesa afuera, a la luz de las estrellas. Miriam se ve muy bonita en el embarazo. Ellos se van para los Estados Unidos la semana que viene; al marido lo transfieren para el estado de Illinois en un lugar que hace mucho frío en el invierno y cae nieve... ¡Nieve...! ¡Qué maravilla...! ¿Como en las películas...? ¿Y sabes, mamá? Jerry se me declaró... Por poco caigo muerta de la emoción... Después de dos meses de salir conmigo cuando yo me imaginaba que lo hacía solamente por distracción, me lo dijo... Me lo dijo así como hablan ellos, sin dar muchas vueltas y me entregó el estuche: Jenny, I love you... I love you... ¿Qué te parece? (Extiende la mano para que Rosa-Joven pueda apreciar mejor el anillo que luce en el anular). Es un anillo casi de compromiso...

JENNY *(Examina el anillo con detenimiento).*

¿Casi compromiso? Y éso ¿qué significa?

EUGENIA

Las costumbres de los americanos son distintas. Primero regalan lo que llaman un anillo de amistad y después que se formalizan las cosas, viene el brillante. Jerry dijo que el único souvenir que quería llevarse de este maldito país de calor y mosquitos era mi persona. Me abrazó muy apretado y después bailamos por horas... Me dice Jenny, porque no puede con el Eugenia que se le traba entre los dientes. Jenny... Suena tan bonito....Jenny...

ROSA-JOVEN

No debes permitir que te cambien el nombre.. Tú te llamas Eugenia igual que mi abuela. Un nombre muy elegante. Y espero que el tal Jerry no te haya irrespetado.

EUGENIA *(Riéndose)*

Las ganas no le faltaron, pero no me dejé tocar más allá de la cintura; unos cuantos besitos para dejarlo con ganas de más... Cuando bailábamos me cuidaba de esquivar el bulto duro que sentía por allá abajo entre sus piernas tratando de frotar mis muslos. Miriam dice que a los hombres para amarrarlos hay que dejarlos siempre con ganas...

ROSA-JOVEN *(Escandalizada)*

¡Niña, qué cosas dices! Esa es una indecencia...

EUGENIA

Ya lo he decidido: Me voy a casar con el Teniente Jerry Wilcox un día de éstos, muy pronto, a las diez de la mañana en Union Church y sus amigos nos harán un arco de honor con sables al salir de la Iglesia... Voy a vivir en Atlanta, Georgia, donde las calle son rectas y todo brilla de limpio y más nunca van a saber de mí en calle trece...

ROSA-JOVEN *(Con el mismo entusiasmo de Eugenia)*

¡Dios te oiga, hija, Dios te oiga! Y no tienes que mencionarnos a

nosotros para nada. Cástate y vete de aquí, mientras más lejos, mejor...

EUGENIA

Jerry cree que soy huérfana y vivo con una tía lejana que no me deja salir con nadie. Después de la fiesta, me llevó hasta el Hotel Internacional, en donde conseguí un taxi, aunque él insistía en llevarme a mi casa. Me voy a mudar, mamá. Hoy conseguí un apartamentito amueblado por Perejil que me va a costar la mitad del sueldo, pero no tengo alternativa. No puedo arriesgar a que Jerry se entere de todo ésto: (con un gesto abarca a su alrededor). Clotilde en la rejilla, mis sobrinos, calle trece, los vecinos. Todo ésto... Ya voy para veintisiete, mamá, y todavía no encuentro a nadie. Jerry es grandote, baila muy mal, a veces toma demasiado, pero es americano y gusta mucho de mí... De éso se trata, ¿verdad? Tengo que entrar a esa esquina del paraíso por la puerta grande... De alguna forma lo voy a conseguir.

ROSA-JOVEN *(Preocupada por la angustia de Eugenia)*

Pero... tú estás enamorada de él, ¿verdad?

EUGENIA

¿Enamorada? Claro que sí... puede ser... no estoy muy segura... Es todo el conjunto, ¿sabes? Son los sables, las calles rectas sin basura, el comisariato, la nieve, es Atlanta, es todo el conjunto. ¿Enamorada? Creo que la única vez que me he sentido así flotando entre nubes y con esa angustia en la barriga, como dicen los libros, fue durante mi primer año en el Banco. Había un muchacho llamado Fernando de apellido... (Se queda pensativa). No importa cual, que estaba detrás de mí y salí con él varias veces, aunque tú nunca te enteraste. Una vez se le ocurrió llevarme a su casa a conocer a la familia. Vivían igual que nosotros, detrás de una rejilla y más nunca quise salir con él, pero me estuvo doliendo su recuerdo por mucho tiempo... Lo he visto por ahí, se casó hace años y como buen panameño, anda todo el tiempo con otras mujeres.

ROSA-JOVEN

Así son todos aquí, así son todos, empeñados en sembrar hijos por

toda la República y trabajar lo menos posible. Cásate con tu gringo, hija; no hay mejor marido que un gringo. No hay más que verlos con sus familias en la Zona del Canal, no hay más que verlos, itan elegantes, tan finos...!

EUGENIA

Sí, mamá, tienes razón. Mañana me mudo a Perejil y te prometo casarme con Jerry Wilcox lo antes posible. No te preocupes por nada. Haré que alguien tome muchas fotografías de la boda para que me veas pasando bajo el arco de sables.

Abrazadas hacen mutis por la puerta del cuarto y se apaga la escena. Se ilumina muy tenuemente la habitación de Jenny, que aún sigue hablando por teléfono. Rosa-Vieja está sentada en el borde de la cama, acongojada.

ROSA-VIEJA

Señor, dame fuerzas para sobrellevar mi cruz. Dame fuerzas para alejarme sin mirar atrás. Quizás yo tenga la culpa de todo ésto por no haberla enderezado a tiempo... Yo traté de darle lo mejor de mí y me equivoqué...

JENNY *(Iluminada con otro haz de luz, habla por teléfono).*

Sí, Molly, el tal Jerry se hechó para atrás. Hace unos momentos llamó diciendo que está indispuesto y no puede salir. Francamente estuvo algo frío... Debe ser que no le gustó que lo sacara de aquí a la fuerza... Bueno, ya aparecerá otro día. (Escucha mientras se quita la crema de la cara). ¿Cómo es que se llama el otro amigo de Richard? ¿Charles? ¿Y dices que es de Texas? Ajá, qué chévere... Yo adoro a los cowboys. Cuando se alborotan, son lo máximo. Sí, yo adoro a los cowbys. Nos encontramos en el Happy Hour de Howard

primero y después, lo que propongan los socios... Espérate un momento, Molly... (Tapa el teléfono con una mano, dirigiéndose a Rosa-Vieja que sigue en su puesto en la orilla de la cama). Rosa, hazme el favor de planchar el vestido amarillo de hilo. Tengo una cita importante y quiero verme regia... (Vuelve al teléfono). ¿Me decías?

Rosa-Vieja obedece, va al closet y saca un vestido amarillo y después de un pequeño titubeo, saca dos o tres más que se cuelga sobre el brazo. Se dirige hacia la puerta del cuarto, con su caminar cansado.

ROSA-VIEJA *(Volviéndose)*

¿Llegarás muy tarde esta noche, Jenny? ¿Quieres que te espere?

JENNY *(Mirándola a través del espejo, con extrañeza, suelta el teléfono y se levanta)*

¿Jenny?... ¿Jenny? ¿Te diste cuenta, mamá? ¡Es la primera vez que me llamas así...

Las dos se miran fijamente, Jenny se acerca a Rosa-Vieja que solloza y abrazadas hacen mutis por la puerta del cuarto, mientras cae el

TELON

Impresora de La Nación/INAC/2359
Panamá/1987

El Jurado Calificador de la Sección "Teatro" decidió otorgar por unanimidad el premio de teatro a la obra "ESA ES QUINA DEL PARAISO", firmada con el seudónimo "Ufir", por considerar que el autor maneja con efectividad un tema local con características de denuncia social, a través de diálogos ágiles, personajes bien delineados y recursos humorísticos y testimoniales bien utilizados.

Adolfo Arias

Fernando Navas

Edgar Soberón Torchia

Editorial Mariano Arosemena
Apartado 662
Panamá 1, Rep. de Panamá.
Teléfonos: 22-3233 (directo)
22-0880 (central)



ROSA MARIA DE BRITTON

Nace en la ciudad de Panamá. Realiza estudios primarios en esta capital y los de secundaria en La Habana, Cuba.

En España se recibió de Doctora en Medicina. Más tarde se especializa en Obstetricia, Ginecología y Oncología en prestigiosa universidad neoyorquina. Retorna a su ciudad natal en el año de 1973.

Incursiona en el mundo de la literatura participando en el máximo concurso literario del país "Ricardo Miró" y es laureada con la novela "Ataúd de Uso".

La talentosa y multifacética escritora ha sido ganadora de otros Premios Miró:

El Señor de las Lluvias y el Viento

—Novela— 1984

Quién Inventó el Mambo?

—Cuento— 1985

Y la obra teatral que hoy presentamos "Esa Esquina del Paraíso"

Premio Miró

—Teatro— 1986